

UN «RARO» DEL SIGLO XVII:
LA MISCELANEA AUSTRAL DE PEDRO DAVALOS
Y FIGUEROA

por

CARMEN DE MORA VALCÁRCEL

El período virreinal es uno de los más oscuros e indocumentados de la literatura hispanoamericana, iluminado, acaso, por algunos faros como el Inca Garcilaso, Sor Juana Inés de la Cruz, Juan Ruiz de Alarcón, en el siglo XVII. Este desconocimiento no debe precipitarnos a concluir que antes del Modernismo no hubo sino una pobre imitación de la literatura española. Sólo la tarea de estudiar sistemáticamente los textos pertenecientes a aquella época, sean de primeras figuras o no, y consultar archivos y bibliotecas puede suplir el vacío literario de aquellos siglos.

Este empeño me ha animado al tratar de recuperar la obra del astigitano Diego Dávalos y Figueroa, uno de los iniciadores de la literatura en el Perú a principios del siglo XVII.

AMBIENTE CULTURAL E HISTÓRICO

José de la Riva Agüero ¹ señala el año de 1570 como el despuntar de un nuevo período muy bien caracterizado en la historia peruana. Don Francisco de Toledo, representante de

¹ *El Perú histórico y artístico*, Santander, 1921, pág. 84.

Felipe II abrió la era del despotismo administrativo y de la genuina monarquía absoluta. Mediante una serie de medidas estabilizadoras se liquidaron las pretensiones de los encomenderos sobre la perpetuidad y jurisdicción de los repartimientos; se extinguieron las últimas chispas de la anarquía feudal en los conquistadores; se llevó a cabo la pacificación de los indios.

Dávalos y Figueroa en el coloquio XL de la *Miscelánea Austral* hace un elogio muy detallado de este virrey y de las utilidades de su gobierno, entre las que destaca:

- las reducciones
- suprimir el Imperio que los sacerdotes tenían sobre los indios con el castigo
- la disolución de los caminantes que atravesaban todo el Reino a costa de los indios.

Y según Dávalos, «con más prudencia que sangre lo puso (todo) en el estado que convenía, y hasta hoy permanece; que en cuanto a sediciones no hay más seguridad en nuestra España» (fol. 190).

Tales medidas propiciaron la aparición de las primeras manifestaciones culturales; y la Universidad de Lima, secularizada y exenta de la Orden de Santo Domingo, principió a desarrollar vida propia y ejercer influencia social. La escuela sevillana —término que utilizamos con los reparos necesarios que nos impone la crítica más reciente sobre el tema— introduce las formas italianizantes en el panorama literario incipiente.

Riva Agüero enumera un catálogo de autores y obras que introdujeron aquella estética: el dominicano Fray Diego de Hojeda, nacido en Sevilla pero residente en Perú desde su adolescencia, autor de la *Cristiada*; Pedro de Oña, que nació accidentalmente en Chile pero que se educó, vivió y escribió en Lima, imitador de Ercilla en su *Arauco domado*; el astigiano Diego Dávalos y Figueroa, quien intercalaba en los coloquios de su *Miscelánea Austral* un elogio de la lengua tos-

cana para los versos y el fragmento poético de una traducción de *Las Lágrimas de San Pedro* de Tansillo; Diego Mejía de Fernangil, traductor de *Las Heroidas* de Ovidio, y un largo etcétera.

Consideración aparte merece la «Academia Antártica» con la que se ha vinculado a Dávalos y Figueroa. Esta «Academia» es singularmente recordada en el encabezamiento del soneto laudatorio del Ldo. Gaspar de Villarroel y Coruña, incluido en los preliminares de la Primera Parte del *Arauco domado*. También es citada en los tercetos 202 y 203 del «Discurso en Loor de la Poesía». Afirma Suárez Miraval: «todo hace suponer que la Academia Antártica funcionó entre 1596 y 1608. Se aduce que la mantenía en ejercicio cierto Ldo. Antonio Falcón. Lo cierto es que, agrupados o no, los versificadores de esa hora empiezan a revelarse unos a otros a través de las menciones que se prodigan».²

Nada más ajeno a mi pretensión que tocar fondo en cuestión tan espinosa como la «Academia Antártica», que por sí sola constituiría tema de estudio, pero sí dejar sentada la opinión de un experto conocedor de la literatura peruana del siglo XVII: Luis Jaime Cisneros: «Creo necesario —ha dicho— sentar mi discrepancia con respecto a la idea acá generalizada de la existencia de una prolífica tertulia literaria que con el nombre de «Academia Antártica» congregaría a buen número de poetas, muchos de ellos nacidos a la consideración y al conocimiento de la crítica por la mención de Cervantes en 1585. Creo que no estamos sino frente a un eufemismo. Y creo que ya es hora de que nos decidamos a reemplazar la crítica repetidora e ingenua que al respecto nos viene caracterizando... El hecho de que mucho de cuanto conocemos de la mentada tendencia se vea reducido gran número de veces a un catálogo de nombres sin obra conocida, y el no menos sorprendente y por demás ilustrativo de que algunos de esos nombres aparezcan autorizando libros en su calidad de Colegiales Reales, así como el hecho especialísimo de que Pedro de Oña figure hablando en varias ocasiones a nombre de la «Academia de

2 Suárez Miraval, Manuel: *La poesía en el Perú*, Perú, 1959, pág. 121.

San Marcos», obliga a pensar que no estamos sino frente a gente congregada en la Universidad y surgida de su seno, y en que la asociación aleatoria con que los imaginamos se deriva del común ejercicio de la versificación. La «Academia Antártica» no sería, pues, sino nuestra vieja Universidad de San Marcos, que había adquirido precisamente a los pocos años de haberse incorporado Dávalos al Perú la confirmación de sus privilegios que la asimilaban al antiguo claustro salmantino, y que respondería, por lo de Academia, a su nombre latino, y buscaría, por lo Antártico, apuntar a su oriundez. *Academia de Nuestra Señora del Rosario* rezan sus leyendas en 1571, *Academia de San Marcos*, en las Constituciones de 1585, que ven la luz en 1602. Y Academia todavía en la Constitución 14, título IX, de 1735... El nombre de Academia sirvió durante muchos años para distinguir a la Universidad de México». ³

¿Qué representó la *Miscelánea Austral* entre los libros peruanos de la época?

Los primeros libros impresos en Perú son de carácter religioso: *La Doctrina Christiana*, de 1584, el *Confessionario para los curas de Indios*, y el *Tercero Cathecismo*, ambos de 1585. A continuación, aparece el primer libro dedicado al estudio de la lengua: *Arte y vocabulario* de dudosa atribución, y al finalizar el siglo XVI se publican obras de carácter administrativo e histórico.

La publicación del *Arauco domado* de Pedro de Oña en 1596 marca la línea divisoria entre las publicaciones de interés interno y las que a partir de ese momento irían destinadas a un público más amplio. Con esta obra —afirma Luis Jaime Cisneros— «1596 llevará el nombre de las personas peruanas al otro lado de las fronteras». ⁴

En 1602 aparece en las prensas de Lima la *Miscelánea Austral*, en edición que completa, con fecha de 1603, la *Defensa de Damas*, como obra independiente pero formando cuerpo con aquella. La portada del libro reza así:

³ Cisneros, Luis Jaime: *Sobre literatura virreinal peruana (Asedio a Dávalos y Figueroa)*, separata de «Anuario de Estudios Americanos», Sevilla, 1955, t. XII, págs. 226-8.

⁴ *Ibidem*, pág. 219.

“Primera parte de la *Miscelánea Austral* de Don Diego D’Avalos y Figueroa, en varios colloquios. Con la *Defensa de Damas*. Interlocutores Delio y Cilena. Dedicatoria al Excelentísimo Señor Don Luis de Velasco, Caballero de la Orden de Santiago, Visorrey, Gobernador y Capitán General de estos Reinos del Perú, Chile y Tierra Firme. Con Licencia de su Excelencia. Impreso en Lima por Antonio Ricardo. Año MDCII”.

Antonio Ricardo, turinés, fue el primer impresor de Lima, aunque ya antes había desarrollado su actividad en México.

Son pocos los críticos que se ocupan de la *Miscelánea* y la mayoría, a excepción de Cisneros, sólo de pasada por referencias indirectas. Para Menéndez Pelayo «es curiosísimo y entretenido libro cuanto apreciable por su rareza bibliográfica». ⁵ Luis Alberto Sánchez insiste en este mismo aspecto: «Libro memorable por su contenido y forma ha sido apenas comentado a causa de la rareza de sus ediciones, a punto que sólo se sabe de dos ejemplares sobrevivientes». ⁶ Quede claro, por lo tanto, que la rareza del libro radica en el número de ejemplares disponibles y no en el contenido.

Respondiendo a la pregunta que dejamos formulada más arriba, corresponde a la *Miscelánea* un carácter excepcional en la literatura peruana de la época. Así lo ha matizado Cisneros: «Para una literatura que hasta entonces había merodeado por temas casi tópicos (gramáticas, vocabularios, doctrinas, obras en dos lenguas), destinados todos ellos a la enseñanza o al ejercicio de la enseñanza misma, la *Miscelánea* aparece ofreciendo nuevo espectáculo de temas y lenguaje. Es quizá nuestra primera obra de recreación y deleite. Filosofía, sí pero destilada en dosis de buena y galana prosa, a la manera de Castiglione; y si es verdad que también es historia, no lo es menos que se encargan de hacerla apetitosa el frescor de la anécdota y el matiz de los versos en su mayoría fluidos y ágiles... En

⁵ Menéndez Pelayo, M.: *Antología de poetas hispanoamericanos*, Madrid, 1894, t. III, pág. CXCIV.

⁶ Sánchez, Luis Alberto: *La literatura peruana*, Paraguay, 1951, t. III, pág. 39. Y en una nota a pie de página en *Los poetas de la Colonia y la Revolución* (1921) reconoce: «No he encontrado ningún ejemplar de este libro», aunque añade en otra de 1946: «Leí la *Miscelánea Austral* sólo en 1923, en la Biblioteca particular de Jacinto Jijón y Caamaño, en Quito».

momentos, pues, en que cabía esperar un libro de elogios a algunos mecenas poderosos o un brindis destinado a narrar groseras genealogías de príncipes fugaces, Dávalos ofrece una obra donde priva una ordenada y medida discreción; si deleitable, no es vana; si erudita, no resulta agobiadora. Es libro por el que corren un airecillo cortesano y fresco bebido en las letras de Italia, cierta melosidad portuguesa, realzado por innegable sobriedad castellana y en el que se funda una que otra observación con el nombre, ya mágico de Erasmo».⁷

La *Miscelánea Austral* al tratar materias heterogéneas y curiosas cuenta con un precedente directo, *La Silva de varia lección* del sevillano Pedro Mexía (Sevilla, 1540), y al estructurarse en diálogos o coloquios entronca con una larga tradición que se remonta a la Antigüedad grecolatina.

La forma dialogada se encuentra ya en las primeras manifestaciones literario-religiosas del Oriente antiguo. En *La Biblia*, la forma dialogada aparece en algunos libros. Pero considerado como género literario independiente con una estructura definida, el diálogo es invención de la filosofía griega. En el siglo V a. J.C. en el Atica la Sofística resolvía literariamente los debates, discusiones y enfrentamiento de pareceres a través de la forma dialogada o coloquial, como literatura de tesis. El esquema básico del género lo encontramos en Sócrates, aunque no llegó a escribir obra alguna. Ambas tendencias quedarían sintetizadas en la obra de Platón, quien nos ofrece las muestras más perfectas del género. Puesto que un recorrido histórico exhaustivo sobre esta forma nos apartaría indefinidamente de nuestro tema obviaré la alusión a otros maestros de la Antigüedad grecolatina y Edad Media para alcanzar el Renacimiento, punto de arranque de Dávalos.

Con el renacer de la cultura antigua renace también el viejo género del diálogo. Erasmo va a desempeñar un papel de primera magnitud en la difusión de este género.

En Italia se publican en 1535 los *Diálogos de Amor* de León Hebreo; en 1528 el Conde Baldassare de Castiglione

⁷ Cisneros, L. J.: op. cit., págs. 222 y 223.

publica en Venecia *El libro del cortesano*, que había de influir poderosamente en el autor de la *Miscelánea*. Aunque el tema principal de la obra versa sobre las virtudes y cualidades que debe poseer el cortesano ideal, también se recogen en ella otros muchos asuntos de especial interés. Castiglione habla de las cualidades de la mujer, de los príncipes, del amor y de la belleza ideal, al tiempo que se aportan multitud de datos históricos y apreciaciones curiosas.

Castiglione exige que la mujer desarrolle una serie de actividades sociales y que posea más virtudes básicas e indispensables para la convivencia en el ámbito cortesano. Debe ser culta, entender en las diversas materias artísticas, saber mantener una conversación. Este es básicamente el esquema con que Dávalos concibe su Cilena.

Más próximos a la *Miscelánea* están aquellos diálogos eruditos de divulgación y pasatiempo que en el siglo XVI constituyeron una corriente de divulgación sobre asuntos naturales y sobrenaturales, extraños o exóticos; temas científicos sobre la naturaleza y el cosmos, sobre la medicina y la física: descripciones sobre la geografía, fauna, flora o costumbres de países nuevos o desconocidos hasta entonces. El afán de saber, el espíritu aventurero y los descubrimientos geográficos facilitaron con ayuda de la imprenta la proliferación de este tipo de obras misceláneas que tratan de casi todo, sin parar mientes en apartar lo verdadero de lo falso y lo esencial de lo anecdótico. Recordemos entre otras, *El jardín de flores curiosas* (Salamanca, 1570), de Antonio de Torquemada, el *Diálogo de las condiciones de las mujeres* (Venecia, 1544) de Cristóbal de Castillejo y aún podrían incluirse los *Diálogos de apacible entretenimiento*, de Gaspar Lucas Hidalgo.

La *Silva de varia lección* de Pedro Mexía es, como dijimos, el antecedente directo de la *Miscelánea Austral*. En el «Prohemio y prefacio de la obra» hace constar con orgullo ser el primero que, en lengua castellana, ha escrito una obra de este género. Los temas son extraordinariamente variados, buscando con ello tanto la amenidad como la instrucción y el ejemplo. El autor siente predilección por los asuntos históricos, pe-

ro se ocupa también de hechos contemporáneos o del pasado reciente de Europa y España, asuntos de carácter científico, relatos de casos extraños y curiosos, cuentos, fábulas, digresiones sobre filosofía y psicología, descripciones sobre el origen de las cosas, etc.

Valbuena dice a propósito de la *Silva* y aludiendo a los muchos de su talante que «hay algo de *nuevos ricos de la literatura* en estas actitudes de los escritores de esta generación; ⁸ Menéndez Pelayo habla también de «este nuevo y holgado sistema de componer con especies sueltas un libro útil y deleitable. Los capítulos se suceden en el más apacible desorden, única cosa en que el libro se asemeja a los *Ensayos* de Montaigne». ⁹ Juan Luis Alborg los califica de periodistas «avant la lettre»: «la creciente difusión de la imprenta les permitía —porque resultaba provechoso para los editores— reunir estos centones de diversas materias en que se mezclaba lo humano y lo divino, lo cierto y lo fantástico, lo histórico con lo contemporáneo, sin otra exigencia insoslayable que la amenidad, con que llenar gustosamente los ocios del lector. En nuestros días, Mexía y los suyos hubieran escrito crónicas y reportajes sobre el primer tema que brincara o sobre todo género de curiosidades, para nutrir periódicos y semanarios: sólo que entonces, a falta de hojas efímeras, los agrupaban en volúmenes, con lo que se alzaban a mayor duración y gloria literaria». ¹⁰ La fácil comercialidad de estos libros casa con aquellas palabras de Palau sobre la *Miscelánea*: «Ni en España ni en América hemos visto ejemplares en venta. Caso de presentarse alguno, de fijo alcanzará gran valor comercial». ¹¹

Sólo si conjugamos el afán de dar noticias con la avidez del lector podremos comprender por qué Dávalos confabula una especie de tratado filosófico sobre el amor y las cualidades de los amantes con ciertos consejos útiles para curarse del veneno producido por la picadura de una víbora o un remedio fácil contra el mal olor de la Anatoya llamada zorrilla.

8 *Historia de la literatura española*, Barcelona, 1944, vol. I, 7.ª ed., pág. 440.

9 *Orígenes de la novela*, Madrid, 1962, 2.ª ed., vol. III, pág. 47.

10 *Historia de la literatura española*, Madrid, 1972, t. I, pág. 736.

11 Palau Ducet, A.: *Manuel del librero hispano-americano*, Barcelona, 1923-1927.

ESQUEMA DEL CONTENIDO

Preliminares

La edición de la *Miscelánea Austral* de Lima, 1602, contiene los siguientes preliminares:

- Carta mancupatoria del autor al Excelentísimo señor don Luis de Velasco, Caballero de la Orden de Santiago, Visorrey, Gobernador y Capitán General de estos Reinos del Perú, Chile y Tierra Firme.
- Prólogo al lector.
- Sonetos de Cilena a Delio, del general don Fernando de Córdoba y Figueroa, de don Diego de Carvajal, Corero Mayor de los Reinos del Perú, del Almirante don Lorenzo Fernández de Heredia, del doctor don Francisco de Sosa, catedrático de Prima de Cánones de la Universidad de la ciudad de los Reyes, en razón de la censura, que se dio al autor el doctor Hormero, del doctor Francisco de Figueroa, del licenciado Bartolomé de Acuña, colegial del Real Colegio de la Ciudad de los Reyes, del licenciado Pedro de Oña, del licenciado Francisco Núñez de Bonilla, vicerrector del Real Colegio de la Ciudad de los Reyes, del licenciado Cristóbal García de Ribadeneyra, catedrático de Instituta en esta universidad, el licenciado Antonio Maldonado de Silva, colegial del Colegio Real de la Ciudad de los Reyes, de Joan de Salcedo Villandrando, de Leonardo Ramírez, de un religioso grave; égloga de Francisco Moreno de Almaraz.

Carta mancupatoria: en los siglos XV y XVI muchos libros contenían una epístola-dedicatoria en la que el autor colocaba su obra bajo la protección de algún notable señor exponiendo previamente los motivos que le impulsaron a escribirla. Aunque publicada a comienzos del siglo XVII la *Miscelánea* perpetúa la tradicional carta mancupatoria: «Yo (conociendo las faltas que puede haber en este hijo de mi flaco entendimiento, a quien amor no permite entregarlo al iniquo

rigor del carnicero pueblo) lo ofrezco, dedico, y consagro a la clemencia y protección de V. Ex. donde no sólo estará seguro de los gladiadores crueles, más aun de los menos ofensivos labios; con solo que viéndole amparado de tal auxilio, a todos parezca bien su imperfección, y reprimiéndose cada uno en su opinión, juzgue por sin fundamento, la que en mi daño fuere».

Prólogo al lector: nos proporciona una información bastante certera acerca de la ideología de Dávalos conforme al espíritu de la Contrarreforma. Confiesa el autor haber escrito la *Miscelánea* tomando como base la sentencia de los antiguos filósofos de que Aquel será perfecto bien que de todos es deseado y de pocos poseído. «Pues como uno de los mayores (o el mayor) en la vida, (según ley de naturaleza) sea perfecta conformidad en el matrimonio, en recíproco amor fundada, ilustrada de las demás igualdades y partes necesarias para consumarla: quise divulgar la tranquilidad de mi suerte y estado; para que por esta vía se aumente, ya que por las demás está tan colmada... Por todo lo cual me moví, y determiné a poner en escrito los coloquios, que pasamos mi amada y amante esposa y yo, después de haber merecido el tesoro y gloria de poseerla: refiriéndolos, según y como pasaron los años que yo a tan alta empresa aspiraba; conseguida no con favores de principios, ni con fuerza de intercesores, y menos con la que hacer suelen amorosas pretensiones: más con la voluntad del cielo, que se dignó de eslabonar este verdadero, y dulce vínculo; en cuya sujeción tan alegre y libre vivo...»

Estas palabras bastarían para considerar a Dávalos como hombre de la Contrarreforma. En la escala espiritual de valores, para Trento el matrimonio es negocio santo, y una de sus intenciones fue evitar entre otros abusos los matrimonios clandestinos. Hatzfeld cita, a este respecto, a Cervantes, quien habla de una «Intención... tan justa y santa como la del matrimonio» (I, 12); del «divino Sacramento del Matrimonio (I, 33); de un «santo y debido matrimonio» (I, 46). Le llama también «accidente inseparable que dura lo que dura la vida» (II, 19), de conformidad con el Concilio Tridentino». ¹²

¹² Helmut Hatzfeld: *El «Quijote» como obra de arte del lenguaje*, Madrid, 1972, 2.ª ed. pág. 136.

En otro lugar del prólogo Dávalos hace un elogio a Cilena, nombre en honor a su singular talento, mucha agudeza y elocuencia, pues el suyo verdadero era doña Francisca de Bri-biesca y Arellano. Puesto que estas cualidades permanecen inmutables a lo largo de los 44 coloquios el retrato de Cilena es estático, pero es dinámico en la medida en que sus opiniones sirven de contraste a las de Delio, personaje tras el que se oculta el autor. Aun me atrevería a afirmar que el autor pone en boca de Cilena afirmaciones que, por alguna razón, no desea asumir directamente.

Los Coloquios

Contenido:

- I.—sobre la causa de la mudanza de temples en este Reino.
- II-VIII.—tratan sobre diversos aspectos relacionados con el amor.
- IX-X.—los celos
- XI.—el Genio y la fortuna.
- XII.—inconstancia de Fortuna y excelencias de la poesía.
- XIII.—excelencias de la lengua toscana.
- XIV.—origen de la música y antigüedad de la caballería.
- XV.—propiedades del caballo. Las partes del amante.
- XVI-XIX.—el amante y la amistad.
- XX.—la perfección que debe tener la dama.
- XXI-XXII.—los sueños, entre otras materias.
- XXIII.—calidades, vida y muerte del ave Fénix, del Pelicano y grandeza del Cisne.
- XXIV.—calidades del Aguila.
- XXV.—el camaleón.
- XXVI.—el tiempo y la muerte.
- XXVII.—etimología del nombre de este reino y de otros.

XXVIII.—etimologías de los nombres que usan los indios.

XXIX.—yerbas frutales de este Reino y las traídas de España, animales y propiedades de la piedra Vehazar.

XXX-XXXII.—animales, grandes ríos y fuentes que se hallan en estas tierras.

XXXIII.—argumentos para sostener que los edificios famosos y antiguos de este reino no son obra de Indios, sino de otros pueblos anteriores a ellos.

XXXIV.—sacrificios y creencias de los indios.

XXXV.—aspectos climáticos destas regiones.

XXXVI.—se verifica que hasta ahora no se había predicado la fe de Cristo. Excelencias y grandezas de España.

XXXVII.—riqueza de España y de este reino. Grandezas de la ciudad de Ecija.

XXXVIII-XXXIX.—también sobre Ecija: el río Genil y la estimación en que siempre han estado los soldados ecijanos y la gente de Ecija.

L-XLIII.—ocasión que el Autor tuvo para venir a este Reino.

XLIV.—inconstancia de algunos amantes, con una contienda entre el bando de los hombres y de las mujeres; y algunos sonetos de Victoria Colona Marquesa de Pescara.

Datos biográficos

Las escasas noticias biográficas que hemos podido reunir proceden del propio Dávalos, quien en su *Miscelánea* nos aclara algunos puntos de su vida.

a) *Genealogía*

Por el linaje paterno fue bisabuelo suyo Tello de Aguilar («que alcanzó suma gloria junto con otros caballeros por las victorias que consiguieron en la primera guerra de Grana-

da») del cual descende por vía de varón. Murió a manos de los moros y dejó dos hijos, uno de los cuales fue Tello Aguilar, abuelo del autor. Por su actitud valerosa, el Rey hizo merced a Tello de Aguilar y a sus sucesores de entierro en la Capilla Real de Córdoba. Además de este bien heredaron distintas casas de la misma sangre y origen si bien algunos de los descendientes acudieron al renombre de Figueroa y otros al de Ponce de León por el estrecho deudo que tienen con la casa de Arcos.

Por vía materna descende de la ciudad de Murcia, siendo bisnieto de Pero López Dávalos, condestable de Castilla, que entre otros hijos tuvo a doña Mencia Dávalos, mujer de don Gabriel Manrique, comendador mayor de Castilla. «Y acudí al nombre —nos explica— por voluntad de mis padres, de quien fui el menor hijo».

De su vida nos proporciona —siempre en la *Miscelánea*— los datos anteriores a su llegada a América: «Crieme en noble estado y en honrada disciplina, y entre tanto que la niñez sirvió su oficio, no llegó a mi pensamiento cosa que lo agravase, pero en poco espacio de tiempo que empecé a abrir los ojos, me hallé sin pensar sujeto del que todo lo sujeta, vasallo de quien todo lo avasalla y rendido de quien todo lo rinde; y al fin prisionero de Amor por una belleza rara y otras partes, y como dice Garcilaso, y *la fortuna de mi mal no harta* (pues no era pequeño el de Amor para privarme de la gloria, que con su tormento gozaba) me puso en una ocasión, que me forzó a perder no sólo la dulzura de este amoroso estado, mas la alegre vida de mi deleitosa patria, y en esta ausencia no era la menor guerra aquella que el bien perdido me hacía, sino que sus regalos me daban tormento, sus blanduras disgusto, las alegrías tristeza y los favores pena singular». (fol. 187).

En el coloquio XL cuenta que fue una reñida contienda de que resultaron irreparables daños, y tales que aunque el autor no fue el agresor ni aun parte, le cupo la que bastó para que se le recresciesen gastos, prisión y disgustos largos de referir y pesados de llevar. La razón, amor y celos de un caba-

llero que amando con puro amor, tuvo recelos y sospechas de que no le era pagado con fidelidad. A este respecto recita un soneto donde alude a mumuraciones y maledicencias que corrían a su costa:

“que si el horrendo Eco no se acaba
Andar será forzoso fugitivo”

Y, finalmente, Dávalos se vio obligado a abandonar su tierra.

El episodio sirve de pretexto para analizar las razones por las que los caballeros españoles pasaban a Indias. Cilena aduce dos: unos por haber nacido con menos caudal del que heredaron por diversas razones, particularmente los segundones. Las comodidades que ofrecían estas tierras para los hombres principales era una larga y general licencia para acudir a tratos, grangerías y ocupaciones que en España no se permiten en ningún hidalgo, «además de ser este reino de más amplia libertad para los caballeros pobres que España, pues no les obliga a tratamiento tan en su punto, ni tienen ocasión de ofenderse y lamentarse, con ver en su tierra en mejor hábito al que conocidamente es menos que ellos, porque el de acá es igual en todos» (fol. 189).

Reanudando los pormenores biográficos del astigitano, el coloquio XLI alude a la «herida que una fiera ingratitud hizo en mi corazón», pero se cuida mucho de referir con claridad y precisión qué ocurrió realmente. Así, embarca en Sanlúcar de Barrameda, tomó tierra en las islas afortunadas, en Gran Canaria, y tras un viaje muy peligroso desembarca en la isla Española para pasar a Tierra Firme. Después de un naufragio fueron socorridos por otra nave y llegaron a Panamá y a este reino en 1574. Aquí se enamora por segunda vez sufriendo un desengaño por parte de la dama, que se casa con otro. Su tercer y definitivo amor es la Cilena de la obra.

Por la dedicatoria al virrey Velasco sabemos que fue soldado y minero. Y, en suma, por su obra, hombre de muy vasta cultura.

ANDALUCÍA Y AMÉRICA
EN LA «MISCELÁNEA»

Sobre Andalucía en general y Ecija en particular versan los coloquios XXXVII, XXXVIII y XL. En el primero habla un andaluz que no por haber tenido que abandonar su lugar de origen muestra resentimiento, muy al contrario, no escatima elogios al hablar de Andalucía desde tan lejanas tierras:

«Y al fin, si la grandeza de España llega al grado que hemos visto, y el Andalucía es lo mejor de ella(como todos los escritores afirman) bien se puede decir que es la nata y la yema de todo el mundo, y no os parezca que falta en ella cosa alguna de las que en lo de mas de España se hallan: y si no dije haber en su comarca piedras preciosas, no es porque falten, pues bien cerca de donde nació se halla en dos pueblos del ducado de Osuna y la Puebla grande suma de Jacintos, Granates, Agatas y cornerinas». Aprecia sus bellísimos mármoles e incluso asocia algunas características de Ecija con los nombres que ha recibido: «También hay tradición de que esta ciudad tuvo por nombre Soldina Augusta, y otros dicen Gran Soldina, de lo qual no hallo autor que lo califique, sino hace a esto alguna fuerza tener como tiene por armas el sol, al cual está tan sujeta que es la más caliente habitación que en toda España se conoce, de lo cual resulta su notable fertilidad mediante la mucha agua que a sus cercanas tierras ofrece el caudaloso y fresco Xenil, pues de más de la abundancia conque en ella coge Aceite, vino y trigo, hay otras muchas legumbres, que sólo en ella se hallan, siendo la principal el algodón, trato de interés y consideración. Y basta para dar fin a esto que con ser hoy una ciudad de más de nueve mil vecinos, y no ser su término mucho, no sólo tiene lo que ha menester para sí, pero aun para dar a otras ciudades en abundancia sus frutos de donde le viene el nombre y epíteto de Viuda rica, porque no tiene aldea ni lugar que le acuda, sin lo cual es tan abundante, como habemos dicho. También la llaman madre de forasteros, por lo mucho que los acaricia, acoge y regala» (fol. 174).

Así como para cuestiones de orden general recurre a las fuentes clásicas, al tratar las relativas al Nuevo Mundo su «vademecum» es la *Historia natural y moral de las Indias* del padre José de Acosta. Ya en el coloquio XXXIII al hablar del origen de los Incas remite a él: («y porque todo lo que de esto se puede tratar escribe el Padre José Acosta»). Pero sobre todo, el ecijano se atiene a lo que Acosta plantea en el prólogo de su *Historia Natural*...

“Del nuevo mundo a Indias occidentales han escrito muchos autores diversos libros y relaciones, que dan noticia de las cosas nuevas y extrañas, que en aquellas partes se han descubierto, y de los hechos y sucesos de los españoles que la han conquistado y poblado. Mas hasta agora no he visto autor que trate de *declarar las causas y razón* de tales novedades y extrañeza de la naturaleza, ni que haga discurso e inquisición, en esta parte, ni tampoco he topado libro cuyo argumento sea los hechos e historia de los mismos indios antiguos y naturales habitantes del nuevo orbe”.

Tales presupuestos rigen todas las materias relativas a los indios y al Nuevo Mundo desde el coloquio primero, «donde se declara la causa de la mudanza de templos de este Reino...». Otro rasgo que denota su filiación es el modelo jerárquico en el orden seguido para tratar los temas: en primer lugar, la etimología, a continuación, minerales y plantas, animales, edificios, y, finalmente, los habitantes de estas tierras. En este punto nos interesa especialmente el coloquio XXXIV, sin duda uno de los más extensos.

Destaca Cilena la poca caridad de los indios: «si pasa un indio por un camino y ve a otro estarse muriendo de enfermedad o hambre, no le preguntará su mal ni procurará remediárselo, aunque sea de poca costa, como no lo conozca», y su rusticidad en que no estiman el tiempo ni saben su edad. En cambio, «creían en la inmortalidad del alma, y que los buenos tenían gloria y los malos pena pero no en qué lugar. Y jamás presumieron que los cuerpos hubiesen de resucitar, y así ponían diligencia en conservar los cuerpos y sustentarlos después de muertos, y los más ignorantes entendían que las comidas y ropas que entonces usaban poner a los difuntos, los susten-

taba y libraba de corrupción, lo cual siempre negaron los Incas» (fol. 151).

En este mismo coloquio intercala un cuento «digno de ser oído» que constituye un exponente de los muchos abusos que los corregidores cometieron con los indios: «pasando el narrador por el valle de Xauxa y andando en compañía del corregidor por las calles de un pueblo llamado Atunxauxa, vieron un indio viejo con un gran mazo de cuerdas de lana bien torcidas y de diversos colores en la mano, que ellos llaman Quipos; el indio procuró esconder su carga cuando los vio pero no le dio tiempo porque el corregidor lo llamó y preguntó qué eran tan largas cuentas». Sólo después de azotarlo y cortarle el cabello (que era la mayor afrenta que se le puede hacer) «confesó que aquel quipo con otros muy grandes que tenía, era la razón y cuenta que había de dar al Inca cuando volviese del otro mundo de todo lo que había sucedido en aquel valle en su ausencia. El corregidor tomó y quemó sus cuentas y castigó al Indio». (fol. 151).

Para Cilena este hecho testimonia el acierto de los indios en su creencia de que los cuerpos han de volver a vivir y Delio justifica sus errores alegando que «entre los antiguos filósofos hubo mayores faltas acerca de esta materia». ¿Acaso no estamos ante una actitud tímidamente comprensiva ante los indios? Parece evidente que Dávalos polariza sus ideas en ambos personajes : allí donde Delio encuentra argumentos para demostrar la barbarie indígena, Cilena descubre en el hombre civilizado otro tipo de barbarie quizá más sutil. Así, cuando Delio alega que algunos indios han abandonado la idolatría del todo, mediante el trabajo y ejemplo de los religiosos que los adoctrinan, guían y aconsejan, responde Cilena: «muy cierto es ser esto así, y también lo es ser nuestra la culpa de que los Indios no sean mejores de lo que son, pues ven en nosotros obras al revés, o al contrario de lo que se les indica por quien los catequiza e instruye en nuestra fe. Cosa que no me da poco cuidado, para el tiempo que se nos ha de pedir de ello cuenta estrecha» (fol. 153).

En otra ocasión, Delio niega a los indios las propiedades

de seres humanos. Cilena, por su parte, recuerda que los indios saben hacer todo aquello que les es necesario para vivir, como cualquier ser humano: hacer sementeras, aderezar su comida, hacer su calzado, su cama, su bebida, apacentar, criar y multiplicar sus ganados. Y cuando Delio comenta una de sus más bárbaras costumbres, a saber, adaptar la cabeza desde que son niños a un tocado tan alto y desproporcionado que algunos mueren del dolor que padecen —por lo cual Don Francisco de Toledo se vio avocado a prohibirlo—, no deja de reconocer que dicha costumbre ya existía en España: «Aunque no me admira esto tanto después de que he oído afirmar que los Asturianos de las Asturias de Oviedo, se amoldan y allanan los cerebros desde niños, y así los muestran en las cabezas los grandes». Cilena, irónica, no oculta su asombro: «Eso me causa extrañeza, pues nunca creí que en gente de tanta razón como la Española, pudiera haber uso tan digno de ser reprobado» (fol. 156).

A la luz de tan divergentes posiciones nos preguntamos si realmente el escritor astigitano fue un detractor, sin más, de los indios o estuvo sometido a los condicionantes de la censura y legislación acerca de los libros. A las disposiciones de 1531, 1536 y 1543 se añadían otras medidas complementarias: Carlos V, en 1544, reglamentó la forma de tasar y censurar los libros. Su hijo prohibió que se publicase o circulase libro alguno que tratara sobre asuntos de Indias; en 1598, amenazó con la confiscación y hasta con la muerte a los que delinquieron contra lo por él ordenado acerca del comercio de libros. ¿No pudieron afectar tales disposiciones al autor de la *Miscelánea* a la hora de escribir los coloquios dedicados a estas tierras?

A pesar de las pruebas irrefutables de Irving A. Leonard y Rodríguez Marín del desacato a estas leyes en lo relativo al comercio de libros, no descartamos la hipótesis de que fuera ésta una de las causas de la actitud ambivalente de Dávalos. Con esto llegamos a otro punto de interés en la obra: la estructura dialogada.

ESTRUCTURA DIALOGADA

El diálogo fue acogido en el Renacimiento como un género literario suficientemente avalado por sus cultivadores desde la antigüedad grecolatina. Si encontró una acogida preferente en el siglo XVI fue porque presentaba las características más idóneas para la didáctica y la divulgación del conocimiento, cuya difusión, a través de la enseñanza, fue una de las grandes preocupaciones del Renacimiento. Tales características eran, entre otras, la libertad temática, tempoespacial, lingüística, de extensión, etc. que convertían al diálogo en el género libre y dúctil por excelencia. En el Renacimiento se fijaron dos modelos dialógicos con distinta filiación. El diálogo oratorio, de parlamentos largos, lenguaje elevado y disposición retórica; y el diálogo coloquial, de parlamentos cortos y lengua sencilla. El primero, de origen italiano, fue difundido a través de *El Cortesano* de Castiglione y tiene su raíz en Cicerón. El segundo, fue cultivado por Erasmo con raíz en Luciano. Ambas modalidades arraigaron en España simultáneamente propiciando una abundante producción de obras dialogadas durante los siglos XVI y XVII.

Por su contenido, la *Miscelánea Austral* es una obra heterogénea en la que se tratan motivos familiares a la cultura humanística, como el amor y sus aledaños, temas y figuras mitológicas o la preocupación por la naturaleza y la historia, junto a otras procedentes de la experiencia, donde caben sus evocaciones de Andalucía y de Ecija, y del contacto con el nuevo mundo.

En su estructura, salvo aquellos que presentan un mismo tema, los coloquios de Dávalos se articulan como unidades independientes débilmente entrelazadas, si bien el autor consigue crear cierta ilusión de unidad al introducir al final de cada coloquio el tema que se va a tratar en el siguiente. Dichas unidades van yuxtapuestas unas con otras, pero no existe relación de subordinación a una pieza central; esto es, su estructura se ajusta a lo que el lector, avisado por el título, esperaba de este tipo de obras misceláneas.

Los personajes también se conocen por anticipado: Delio, seudónimo adoptado por el autor, y Cilena. El peso del diálogo recae sobre el primero, la función de Cilena se limita, en la mayoría de los casos, a facilitar la introducción de temas y asuntos que al autor le interesa tratar a través de las frecuentes preguntas que le formula a Delio. A ratos, Cilena manifiesta una opinión divergente, entonces el diálogo se torna más vivo, sólo cierto tiempo, para terminar reconociendo las razones de Delio. A diferencia de las obras de ficción, el diálogo aquí no sirve para caracterizar psicológicamente a los personajes, y éstos se convierten en meros intermediarios o transmisores de información. El modo de presentación es directo: el autor cede la palabra a los interlocutores sin intervenir en la obra en aras de una mayor amenidad y comunicación con el lector, pues el uso de la primera y segunda persona gramatical acorta la distancia entre el público y lo que se narra.

El carácter didáctico, informativo, prevalece de forma prioritaria sobre hechos y acontecimientos; en consecuencia, las referencias tempo-espaciales se limitan a alusiones, al final de los coloquios, relativas a la duración de los mismos, a la necesidad de cortar el diálogo por el mucho tiempo transcurrido, a lo avanzado de la tarde, etc., pero siempre con carácter secundario. De cualquier modo, la limitación a un número determinado de horas le confiere verosimilitud; en teoría, se ajusta a lo que sería una conversación entre dos interlocutores reales; la extensión, sin embargo, es variable.

En síntesis, el lenguaje de la *Miscelánea* es elevado, los parlamentos largos, las citas de autores clásicos muy numerosas, mas la ductilidad propia del género permite, cuando el tema invita a ello, un tono menos académico, más coloquial.

Con estas líneas hemos querido aproximarnos al astigitano Diego Dávalos y Figueroa, autor que merece un estudio pormenorizado y un lugar preferente en el marco de la literatura hispanoamericana del siglo XVII como exponente de un plantel de escritores fronterizos, a caballo entre dos mundos, que trasplantaron la cultura europea a tierras americanas. Recuperar su obra es también y sobre todo reconocer la primacía andaluza en los orígenes de la cultura peruana.